

Basualdo, Eduardo M.; Arceo, Enrique. **Documento inicial. Los cambios de los sectores dominantes en América Latina bajo el neoliberalismo. La problemática propuesta.** *En publicación: Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales.* Basualdo, Eduardo M.; Arceo, Enrique. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Agosto 2006. ISBN: 987-1183-56-9

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/basua/DocInicial.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

ENRIQUE ARCEO
Y EDUARDO BASUALDO

DOCUMENTO INICIAL¹

LOS CAMBIOS DE LOS SECTORES
DOMINANTES EN AMÉRICA LATINA
BAJO EL NEOLIBERALISMO

LA PROBLEMÁTICA PROPUESTA

LOS RASGOS GENERALES DE LAS TRANSFORMACIONES ECONÓMICAS
Y POLÍTICAS DE LA REGIÓN

Las inusitadas transformaciones sociales que se registraron en las sociedades latinoamericanas en el último cuarto de siglo han sido concomitantes con cambios igualmente profundos en los sectores dominantes. La ruptura o debilitamiento, según los países, del modelo sustitutivo supuso, junto con la modificación de la composición y destino de la producción y de los excedentes, cambios de hegemonía dentro del bloque de clases dominante y del peso dentro del mismo del capital de origen externo, así como la reestructuración de cada una de las fracciones que lo integran y de sus ligazones con el capital financiero y productivo transnacional.

Estas modificaciones estructurales fueron posibles por la redefinición de los propios estados latinoamericanos y las formas de representación política en América Latina. No se trata solamente de una drástica mutación del aparato estatal, la cual ha sido ciertamente inédita por la privatización de las empresas públicas latinoamericanas, sino también de una alteración en la propia dinámica y composición

¹ Este documento fue elaborado como base inicial para la constitución del Grupo de Trabajo.

de los partidos que conforman el núcleo del sistema político. En la medida en que el modo de acumulación tiende a ser crecientemente excluyente y que estos partidos consideran imposible una modificación significativa de este, dejan de estar integrados por *militantes* (que se alejan o son expulsados) y de sintetizar internamente un debate ideológico que define las líneas políticas de acción. Ahora predominan dentro de ellos verdaderos profesionales de la política, que operan sobre el conjunto social amalgamados por intereses económicos, con lo cual la corrupción asume un papel creciente en la conformación del sistema político.

Las transformaciones en los sectores dominantes, en las características y el papel del Estado y en las representaciones políticas, son distintas dimensiones de un modo de acumulación que se traduce también en cambios en la composición y las modalidades de inserción de los asalariados en el mercado de trabajo y su capacidad de negociación, así como en el grado de heterogeneidad y las modalidades de articulación en la economía de los restantes sectores populares.

El proceso de sustitución de importaciones en América Latina había tenido, al menos en los países de mayores dimensiones de la región, acentuados rasgos comunes: el fuerte peso del Estado como orientador del proceso y agente productivo; el control público de los flujos financieros orientado a apoyar el proceso de industrialización, y la estrecha articulación entre la expansión de la capacidad productiva (a cargo, preponderantemente, de empresas especializadas) y el consumo interno. Esa articulación, que estaba acompañada de una rápida expansión del empleo, con un particular dinamismo del sector industrial y bajas tasas de desempleo, servía de sustento a una alianza entre las fracciones de las clases dominantes orientadas hacia la producción para el mercado interno y parte de los sectores populares.

Sin embargo, esa alianza, en los países en donde existió, se plasmó en el marco de una industrialización que tenía como supuesto la extrema concentración de la riqueza y del ingreso heredadas de las anteriores fases y que, al avanzar a etapas más complejas, recurría crecientemente a las inversiones de empresas extranjeras, a la par que se acentuaba el proceso de concentración y centralización del capital y la desigualdad en la distribución del ingreso, elementos esenciales para la reproducción ampliada de las formas de consumo y de producción propias del centro en economías con niveles de ingreso per cápita sustancialmente menores. Y estuvo acompañada de un creciente grado de organización y movilización de los sectores populares, que en algunos casos llegó a constituirse en una amenaza para el sistema de dominación.

La forma que asumió el proceso de reestructuración económica y de apertura comercial y financiera y su grado de profundidad estuvieron condicionados, en cada país, por la relación de fuerzas entre las

distintas fracciones del bloque dominante, las características de la fracción que devino hegemónica y su capacidad para utilizar los aparatos de Estado a su favor, así como para cambiar la relación de fuerzas con los sectores populares y romper los marcos institucionales que cristalizaban la relación de fuerzas precedente. La crisis del modelo sustitutivo no fue un reflejo pasivo de las modificaciones sobrevenidas en la economía mundial.

En algunos países (Argentina, Chile) la ruptura del proceso sustitutivo precede a los cambios de políticas económicas en el centro y expresa la decisión de una fracción decisiva de los sectores dominantes locales de reconfigurar la estructura económica y social a fin de restar centralidad al Estado y en especial a los obreros industriales y a las clases subordinadas que pretendían acceder a su control. En otros países influyeron las condiciones planteadas por la crisis de la deuda externa y las fuertes presiones de los organismos multinacionales de crédito, pero también, al igual que en los países mencionados precedentemente, las expectativas de ciertas fracciones dominantes en relación con el acceso a un mercado mundial de capitales en rápida expansión; las perspectivas abiertas por el incremento del comercio mundial, los riesgos de la profundización de la industrialización ante la creciente competitividad de las redes productivas internacionales controladas por las empresas transnacionales y, sin duda, el nuevo predominio ideológico que logra, en todo el mundo, el neoliberalismo.

Los ejes de crecimiento de la región han tendido a diferenciarse. El Cono Sur y algunos de los países del Pacto Andino experimentaron un proceso de reprimarización que se tradujo en la expansión del sector primario y de las industrias intensivas en el empleo de recursos naturales y la contracción o disminución de la importancia relativa de las restantes, mientras que, sobre todo en México y Centroamérica, lo saliente es la especialización en algunos fragmentos industriales altamente intensivos en el uso de mano de obra no calificada, lo cual refleja condiciones objetivas diferenciales de inserción en la nueva división mundial del trabajo, así como distintas configuraciones de los bloques dominantes y de su relación de fuerzas con los sectores subordinados. No obstante, importantes fracciones del capital externo e interno pugnan en el Cono Sur para complementar el actual modelo de inserción en el mercado mundial con el desarrollo de exportaciones sustentadas en un reducido costo de la mano de obra.

Los resultados de estas transformaciones han sido, si se toma a la región en su conjunto, tasas de crecimiento menores que las experimentadas entre 1950 y 1980, pese al aumento más acelerado de las exportaciones. Este crecimiento del producto –relativamente reducido en términos históricos, pero también respecto a otras regiones de la periferia– ha estado acompañado de sustanciales transferencias de riqueza e

ingresos hacia los sectores dominantes locales y el capital transnacional vía asunción por el Estado del endeudamiento privado, la transferencia de los activos públicos por medio de las privatizaciones, la adopción de políticas monetarias estrechamente subordinadas a los condicionantes planteados por los flujos externos de capitales, y un predominio de la valorización financiera del excedente, tanto en el mercado local –donde el acelerado crecimiento de las instituciones y los mercados financieros es acompañado por un aumento de la importancia de las acreencias financieras dentro de los activos del capital predominantemente productivo– como en el internacional, donde se traduce en muy significativas fugas de capital.

Esto ha sido paralelo a una caída en la importancia relativa de la inversión en medios de producción; la desarticulación del aparato industrial y la contracción o desaparición de las actividades de mayor complejidad tecnológica y mayores exigencias de trabajo calificado; tasas de desocupación que son, en la mayoría de los casos, superiores a las de los años ochenta; y reducción, con algunas pocas excepciones, de los salarios reales.

A ello se suma un notorio proceso de extranjerización, especialmente acelerado en el sector servicios como consecuencia de los amplios procesos de privatizaciones y de transnacionalización de buena parte de los grandes grupos económicos locales, tanto del punto de vista financiero como de la orientación de la producción, el ámbito de sus inversiones y las alianzas en que están insertos.

Este doble proceso de internacionalización financiera y extranjerización –que es expresión de las nuevas formas que adopta la concentración y centralización del capital a nivel local y mundial– condiciona los grados de autonomía de las políticas públicas a través del peso de la deuda externa, que ha tendido en casi toda la región a aumentar y ha posibilitado la asunción por los organismos de crédito multinacionales de una posición central en la elaboración y adopción de la política económica, monetaria y fiscal. Además, ha estado acompañado del desarrollo de un nuevo tipo de crisis, donde el factor desencadenante no es ya la insuficiente capacidad de importación frente a los requerimientos planteados por la expansión industrial en materia de suministro externo de bienes de capital e insumos, sino la inversión en el signo de los flujos financieros externos.

Como se mencionó anteriormente, este conjunto de transformaciones es simultáneo –y ello no es casual– con la crisis de las representaciones políticas tradicionales en la mayor parte de la región. Ella se expresa, por una parte, en una marcada y creciente subordinación de los aparatos políticos a los intereses inmediatos de los sectores dominantes. Por otra, en una profunda disociación entre las organizaciones sociales populares y el sistema político, que ya no las representa. El

surgimiento de nuevos sujetos sociales vinculados a los fenómenos de la pobreza y la desocupación resultante de la desindustrialización comienza a ser un hecho destacable regionalmente. Se trata de nuevos fenómenos sociales y políticos que parecen indicar una modificación básica en el plano político que los vincula entre sí y que remite a las nuevas formas de la dominación política en Latinoamérica.

En este sentido, todo parece indicar que los sectores dominantes avanzan en la redefinición del sistema político y de la sociedad civil mediante una estrategia negativa, porque no pretenden construir consenso sino impedir la organización de los grupos subalternos, inhibiendo su capacidad de cuestionamiento. Lo plasman mediante un proceso de integración de las conducciones políticas y sociales de los sectores populares. De esta manera, los sectores subalternos son inmovilizados, y no pueden generar una alternativa política y social que cuestione las bases de sustentación del nuevo patrón de acumulación.

Esta nueva situación de la política se encuadra dentro de lo que Antonio Gramsci denomina el *transformismo*, con la particularidad de que la cooptación de los partidos políticos no es ya fundamentalmente ideológica, sino que cumplen en ella un papel decisivo los incentivos materiales. Esto no es independiente de las distintas funciones históricas que desempeña la clase dominante en uno y otro contexto. Gramsci indica que:

este fenómeno [el transformismo] se verifica “espontáneamente” en los períodos en que aquella determinada clase es progresista, o sea hace avanzar a toda la sociedad, no sólo satisfaciendo sus exigencias existenciales, sino ampliando continuamente sus cuadros por una continua toma de posesión de nuevas esferas de actividad industrial-productiva. Cuando la clase dominante ha agotado su función, el bloque ideológico tiende a resquebrajarse y entonces a la “espontaneidad” sucede la constricción en formas cada vez menos larvadas e indirectas, hasta llegar a las auténticas medidas policíacas y a los golpes de Estado (Gramsci, 1999: 108).

El predominio de la cooptación ideológica en el caso italiano y de la integración económica de las representaciones políticas en buena parte de los países de la región son diferencias cruciales porque expresan los distintos roles que asumen las clases dominantes y porque definen también un comportamiento de los respectivos sistemas políticos, marcadamente distinto en cuanto al grado de autonomía relativa que exhiben respecto a los intereses específicos, mediatos e inmediatos, de las clases y fracciones sociales dominantes. En la región se verifica un notable *angostamiento* de la autonomía relativa de la instancia política respecto a los intereses de estas, lo cual genera, junto con el modo de acumulación que las mismas imponen, una falta crónica de alternativas

que integren, mínimamente, las necesidades y las aspiraciones de los sectores populares.

Esto desencadena, como proceso de largo plazo, en numerosos países de la región, una creciente ilegitimidad del sistema político.

LAS CONSECUENCIAS DEL PREDOMINIO DEL CAPITAL TRANSNACIONAL EN AMÉRICA LATINA

Examinar en detalle las transformaciones de los sectores dominantes desde una perspectiva regional e identificar sus características comunes y diferenciales reviste una particular importancia. La apertura económica y financiera se inscribe, desde el punto de vista del capital transnacional, en un proyecto que tiene marcadas similitudes con el que presidió la expansión del mercado mundial capitalista ocurrida entre 1850 y principios del siglo pasado, en el marco de la cual se consolidaron las fracciones de las clases dominantes locales que ejercieron su hegemonía hasta la gran crisis y, en muchos de los países, hasta muy avanzada la posguerra. Con la diferencia de que el capital transnacional no busca, fundamentalmente, en la actual fase, el acceso a materias primas y alimentos baratos, sino la explotación de reservorios de mano de obra de bajo costo y disciplinada y el control de recursos estratégicos crecientemente escasos (petróleo, agua, biodiversidad).

Se trata de una nueva división internacional del trabajo asimétrica, en la cual la capacidad de desarrollo tecnológico y de orientación de las fuerzas productivas no queda ya radicada en el centro en virtud de su monopolio de la actividad industrial, sino por el control que ejercen las grandes empresas transnacionales sobre las redes productivas internacionales y la desintegración de la estructura industrial en la mayoría de los países periféricos. Y la misma está acompañada –como en la anterior fase, aunque a través de mecanismos distintos– de sustanciales limitaciones a la capacidad de decisión de los estados periféricos en cuanto a las líneas estratégicas de su política económica, de las cuales las mejores expresiones son el NAFTA y el proyecto del ALCA.

Los alcances e implicancias de estas limitaciones dependen, sin embargo, de manera crucial, de las características de las fracciones hegemónicas en cada país, de la composición del bloque de clases dominante y de la relación global de fuerzas que determina el grado de autonomía del Estado respecto a los intereses inmediatos de la fracción hegemónica.

La referencia exitosa del nuevo modelo es, conforme a la visión de sus defensores, en algunos casos, el supuesto dinamismo económico alcanzado a principios del siglo XX, cuya pérdida es imputada al abandono de las políticas liberales a nivel mundial, que habría dado lugar al predominio irracional, en la región, de políticas orientadas a la industrialización.

Para otros, el modelo exitoso de referencia es el Sudeste Asiático, respecto del cual se omiten algunas características centrales: la ausencia de recursos naturales significativos y, con ellos, de la base material para una burguesía exportadora de bienes primarios que concentra una parte sustancial de los recursos; la realización de reformas agrarias que liquidaron el poder de los terratenientes y generaron una distribución del ingreso más igualitaria que en América Latina; niveles de ingreso per cápita marcadamente inferiores a los de la mayoría de los países de América Latina y que ubicaban a los salarios de la región en el margen de los existentes en la economía mundial; la relativa debilidad de la burguesía local como consecuencia la dominación colonial, la falta de organización y activación de los sectores populares y el control estatal de las grandes empresas y del sector bancario como consecuencia de su nacionalización por su pertenencia a la potencia colonizadora. Estos factores posibilitaron un Estado desarrollista con un elevado grado de autonomía respecto de los intereses inmediatos del bloque dominante y una fuerte capacidad para imponer la estrategia de crecimiento.

El derrotero seguido por América Latina en el último cuarto de siglo ha sido, en cambio, el desmantelamiento de los rasgos que de alguna manera establecían, en el marco de estrategias de desarrollo distintas, algún paralelismo –sobre todo en materia de los instrumentos de política industrial empleados– con el modelo implementado en el Sudeste Asiático, el cual experimenta en el mismo lapso un salto cuantitativo en materia de productividad y complejidad de la estructura productiva.

La realidad es que la región ha experimentado en el plano estrictamente económico –tanto en comparación con el modelo dominante en el Sudeste Asiático como respecto a los pasados intentos de la región por superar la pesada herencia del crecimiento *hacia afuera*– un proceso de aguda regresión.

El propósito que se persigue es encarar el examen de este proceso de regresión desde la perspectiva de las transformaciones sobrevenidas en las distintas fracciones del bloque de clases dominante, que no se considera constituido sólo por el capital local sino también por fracciones del capital transnacional, así como los desplazamientos ocurridos en su seno en cuanto a la fracción hegemónica.

En esta perspectiva interesa, por una parte, indagar, en relación con las fracciones más importantes, los cambios en la concentración y centralización del capital, el origen de este, sus modalidades predominantes de acumulación, su articulación con las restantes fracciones y el mercado mundial, y las estrategias desplegadas para impulsar sus intereses específicos. Por otra parte se busca analizar la estrategia a través de la cual la fracción hegemónica logra transformar sus intereses específicos en intereses generales del conjunto de las fracciones del capital y los aparatos de Estado, incluidos los partidos políticos; las

contradicciones que enfrenta y la política que propugna en relación con los sectores dominados. Y ello remite a las diversas formas que asumen las relaciones de hegemonía y dominación en el marco del modo de acumulación desplegado por el bloque dominante.

HIPÓTESIS DE TRABAJO

Una hipótesis de trabajo razonable respecto a los sectores dominantes de América Latina es que se asiste, en un grado que debería examinarse en detalle en cada país, a un doble proceso de expansión del peso del capital transnacional en las distintas fracciones funcionales del capital y de transnacionalización de las fracciones del capital local con un peso decisivo dentro del bloque dominante.

Estos procesos –acompañados de importantes cambios en el peso relativo de las distintas fracciones y en la composición misma del bloque de clases dominante– son el saldo de las luchas por imponer un nuevo modo de acumulación libradas en el seno del bloque dominante y de las transformaciones en las relaciones de fuerza con los sectores dominados. Pero se ven potenciados por la consolidación del nuevo modo de acumulación y la rearticulación en la economía mundial que el mismo supone.

El peso creciente de las transferencias de excedente al exterior como consecuencia de la deuda y la presión competitiva de las importaciones limita drásticamente la expansión del mercado interno de masas. El consumo de los ricos aumenta, en virtud de la concentración del ingreso, pero una parte creciente del mismo es cubierto por las importaciones, ya que la provisión de los productos y servicios destinados a las clases altas forma parte del ciclo global del gran capital transnacional y los grupos económicos locales consideran demasiado riesgoso, aun contando con adecuadas condiciones de rentabilidad, encarar un proceso de acumulación confrontativo con el gran capital transnacional.

En estas condiciones asumen un papel central en el proceso de acumulación las actividades exportadoras con ventajas comparativas estáticas, derivadas de la dotación de recursos naturales o el bajo costo de la mano de obra, y el mercado nacional no es ya, para importantes fracciones, el lugar privilegiado de realización del excedente. Así, la expansión de la demanda local y del nivel de empleo y de las remuneraciones deja de ser un condicionante de su reproducción ampliada.

Ello ocurre en un contexto mundial de rápida reducción del peso relativo de los productos primarios en el comercio internacional, de introducción de nuevas técnicas fuertemente ahorradoras de mano de obra en la producción de los mismos y de un creciente control de las redes transnacionales en la provisión de insumos y la comercialización. A su vez, el comercio de manufacturas se despliega en condiciones don-

de la capacidad de las redes transnacionales de desarrollar las distintas fases de los procesos productivos allí donde sus costos absolutos son menores y la pugna de los países periféricos por atraerlas generan una formidable expansión de la fuerza de trabajo disponible para el capital transnacional. Esto acarrea una competencia exacerbada y una constante presión hacia la baja de los salarios de los países periféricos cuyo nivel es superior al de sus competidores, así como una tendencia persistente a la reducción en el precio de las manufacturas exportadas, la cual es tanto mayor cuanto más elevado es su componente de trabajo no calificado y menor su complejidad tecnológica.

La pérdida de peso relativo de América Latina en la economía mundial y su desindustrialización durante el último cuarto de siglo no es, en este contexto, un hecho de difícil explicación. Y es de dudar que el accionar de los agentes económicos dominantes sea susceptible de brindar grados crecientes de integración y de bienestar para el conjunto de la población.

En la mayor parte de la región, los sectores dominantes imponen estrategias de desarrollo asociado al capital extranjero que descansan, en definitiva, en aprovechar las ventajas comparativas estáticas y tornar más atractiva la inversión mediante la reducción de los costos laborales y las cargas impositivas y, en la medida de lo posible, ampliar el acceso a los mercados de los países centrales mediante tratados de libre comercio que consolidan y procuran tornar irreversible esta estrategia, que lleva a la reprimarización de la economía y a un reducido crecimiento del empleo, o a la constitución de plataformas de exportación con muy escasos lazos con el resto de la economía y que no son capaces de revertir la caída de la participación del sector manufacturero en el producto y se sustentan en niveles de remuneración que son inferiores a los anteriormente imperantes en el sector manufacturero y que se procuran reducir aún más.

Estas conclusiones no parecen ser invalidadas por la reciente experiencia de algunos gobiernos de la región que accedieron al poder en base a la crítica de los efectos de las políticas neoliberales. Parece predominar en ellos, conforme a las transformaciones sugeridas en relación con el sistema político, la decisión de avanzar en una estrategia de desarrollo asociado con la erección, en el mejor de los casos, de redes más amplias de contención y una más firme defensa de contrapartidas en cuanto al acceso a los mercados de los países centrales. Política que busca sustentarse en la identificación, por una parte, de lo nacional con el crecimiento de los actores locales, nacionales o extranjeros, en base fundamentalmente a las ventajas comparativas estáticas y sin confrontación con el capital transnacional. Y por otra parte, en la asimilación de lo popular con la creación de empleos y políticas destinadas a eliminar, cuanto más, la indigencia mas estentórea.

En este contexto el análisis sistemático, a partir de pautas metodológicas similares, de las características de los sectores dominantes y de los rasgos que ellas imponen a nuestras sociedades constituye un elemento esencial no sólo para indagar las condiciones materiales, sociales y políticas de los distintos senderos de acumulación que se despliegan en la región, sus rasgos comunes y sus límites, sino también para responder, desde la óptica de los sectores populares, al desafío teórico y político de construcción de estrategias alternativas susceptibles de satisfacer sus necesidades.

RELEVANCIA TEÓRICA DE LA PROBLEMÁTICA

Analizar los nuevos rasgos de los sectores dominantes latinoamericanos resulta esencial. Una hipótesis de trabajo razonable es que se asiste, en un grado que debería examinarse en detalle en cada país, a un proceso de transnacionalización de fracciones centrales de los sectores dominantes en virtud del cual el territorio nacional se constituye en un mero espacio de extracción de excedente, al cual permanecen ligadas en la medida en que el Estado les otorgue las garantías y facilidades necesarias para justificar, desde el punto de vista del nivel de rentabilidad y de riesgo, la permanencia en el mismo en tanto capitalistas directamente ligados a la producción.

El mercado nacional dejó de ser para ellos un espacio privilegiado de realización del excedente, por lo cual se desentienden de las condiciones internas de la demanda masiva, y aunque la concentración del ingreso lleva a aumentar sustancialmente el consumo de los ricos, tanto en términos absolutos como, sobre todo, en relación al producto, la inversión y el consumo de los sectores populares y medios, una parte creciente del mismo es cubierto por el gran capital transnacional. Los grupos económicos locales consideran demasiado riesgoso, aun contando con adecuadas condiciones de rentabilidad, encarar un proceso de acumulación confrontativo con el gran capital transnacional. Procuran, en el mejor de los casos, consolidar sus posiciones en los mercados que controlan y expandir su presencia en el exterior en actividades con reducidos riesgos competitivos; cuando ello no es posible se refugian, simplemente, en la inversión financiera y especulativa como recurso básico de conservación y acrecentamiento de su patrimonio.

Desde el punto de vista del conjunto de la sociedad, este *modelo de no-desarrollo*, que se despliega en condiciones donde la apertura unilateral de los países periféricos ha generado una formidable expansión de la fuerza de trabajo disponible para el capital transnacional y generado una competencia exacerbada, se traduce en un crecimiento empobrecedor, con deterioro, las más de las veces, de las condiciones de vida y de trabajo de la mayoría de la población.

Lo que está en cuestión, al menos en numerosos países de América Latina, es la posibilidad de que el accionar de los agentes económicos dominantes sea susceptible de brindar grados crecientes de integración y de bienestar para el conjunto de la población y también que ello sea susceptible de ser alcanzado, como a menudo se propone, mediante el accionar de un nuevo Estado nacional-desarrollista impulsor del crecimiento y de la articulación de la estructura productiva en base a la exportación de manufacturas.

El modelo desarrollista latinoamericano suponía una burguesía nacional que se fortalecía y luego pasaba a conquistar el mercado mundial mediante la exportación de sus productos desde las unidades productivas ubicadas en el país, o un capitalismo de Estado que cumplía, en mayor o menor medida, las mismas funciones. Esa burguesía ha desaparecido como actor económico relevante y un Estado nacional-desarrollista orientado, como el del Sudeste Asiático, a la integración de la estructura productiva a partir de las exportaciones industriales sólo podría, dada la subordinación de los aparatos políticos y la colonización de los aparatos de Estado por los sectores dominantes, adquirir la autonomía necesaria para disciplinar al capital mediante la activación de los sectores populares.

Pero simultáneamente debería lograr que estos aceptaran, a fin de hacer posible una acumulación acelerada y la penetración en los sectores dinámicos de la economía mundial, una nueva postergación de sus aspiraciones inmediatas y, a la vez, medir constantemente fuerzas con un gran capital preocupado por la activación de los sectores populares y enfrentado por el hecho de que, pese a los beneficios de la intervención del Estado a su favor, muchas de sus fracciones obtendrían menos ventajas individuales que aquellas logradas en el marco de una política de apertura y desregulación económica y financiera. Se trata de condiciones que tornan improbable la concreción de una ecuación político-social apta para su viabilidad.

Las condiciones para el intento serían sin duda menos desfavorables cuanto más grandes fuesen las dimensiones absolutas del mercado al cual se ofrece al capital un acceso privilegiado, menor el nivel histórico del costo de reproducción de la mano de obra y mayores las posibilidades de ampliar y profundizar el mercado mediante la reestructuración de sectores atrasados como la agricultura de subsistencia. Pero, a su vez, los resultados globales en términos de desarrollo de capacidad tecnológica serán tanto menores cuanto mayor sea el grado de extranjerización y/o transnacionalización de los actores y su apoyatura en la disponibilidad de mano de obra barata.

En el ínterin, la sociedad habrá asumido el costo de aceptar, durante muchas décadas, la excepcionalmente injusta distribución del ingreso necesaria para posibilitar la acumulación de un actor social

que es empujado, por su propia lógica de acumulación, a comprimir los costos salariales en un contexto como el latinoamericano, donde los salarios siguen siendo, comparados con los de China, altos, y cuyo éxito supone inevitablemente su liberación de los condicionamientos que le impusieron un sendero de acumulación ligado a una estrategia de desarrollo nacional.

Boaventura de Sousa Santos (2006) indica que recorre el mundo la amenaza de que, a medida que la democracia pierde su capacidad de redistribuir riqueza social, nos encaminemos hacia sociedades políticamente democráticas y socialmente fascistas. “El nuevo fascismo no es así un régimen político; es, antes que ello, un régimen social, un sistema de relaciones sociales extremadamente desiguales que coexiste, de manera cómplice, con una democracia política socialmente desarmada”.

El análisis sistemático de las características de los sectores dominantes y de los rasgos que ellas imponen a nuestras sociedades, constituye un elemento esencial para la reflexión, ineludible desde la óptica de los sectores populares, sobre el tipo de sociedad alternativa a construir, el modelo de crecimiento e inserción en el mundo que ella supone y la composición del bloque histórico en que la misma puede sustentarse.

BIBLIOGRAFÍA

Gramsci, Antonio 1999 *Cuadernos de la Cárcel* (México: Ediciones Era/ Benemérita Universidad Autónoma de Puebla) Tomo I.

De Sousa Santos, Boaventura 2006 *O fascismo como regime social*. Ver Internet: <www.galizacig.com/index.html>.